

—¡Oh! no, señor,—contestó.—Siempre estaba pegada á las faldas de la señora, y la señora es sobrado nerviosa para aguantar á una niña á su alrededor.

—¿En dónde está ahora?

—Se la ha puesto en un convento desde hace ocho días.

Daniel se quedó como quien ve visiones. Y, titubeando, repuso:

—¿Permanecerá por mucho tiempo allí?... ¿Cuándo volverá?

—¡Ah! yo no sé nada,—contestó la doncella, que empezaba á impacientarse.—Estoy, sin embargo, en que la señora intenta que permanezca allí diez años largos.

VI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Transcurrieron doce años.

La vida de Daniel, durante tan largo período de tiempo, careció de historia. Los días se sucedieron unos á otros, tranquilos é iguales, y, cuando se despertaban sus recuerdos, los años le parecían meses. Vivió reconcentrado en sí mismo, aislándose, y complaciéndose con el pensamiento constante que le guiaba en este mundo. Encontraba á Juana en el fondo de cada uno de sus actos, de cada una de sus ideas. Aquella especie de monomanía generosa le colocó en una esfera de serenidad, lejos de las inverecundias y de las miserias de la vida. A todas horas se sintió protegido por aquella niñita rubia, que veía siempre pequeña, con su hermosa sonrisa de ángel.

Y llegó á verse revestido con aquella gravedad del sacerdote que atraviesa las calles llevando con él al Señor. Cuando se le interrogaba bruscamente, su pensamiento parecía siempre descender de lo alto

y hacer un esfuerzo para ceñirse á las cosas de la tierra.

No era ya aquel muchacho desgarbado y torpe, de rostro asustadizo y que no sabía qué hacer con brazos y piernas; era ya un hombre de dulce fisonomía, ligeramente cargado de espaldas, que hacía olvidar su fealdad con la placidez de su sonrisa. Las mujeres, no obstante, no le querían, pues no sabía qué decirles, y la presencia de ellas bastaba para devolverle su encogimiento de tiempos pasados.

Trabajó obra de ocho años en el diccionario enciclopédico. Aquel trabajo anónimo era de su agrado. Saboreaba cierta alegría, al verse sólo, en un rincón de la oficina, considerándose tranquilo y desconocido. Prefería esperar por tal modo el día en que la lucha le reclamase.

A veces alzaba la cabeza y soñaba. Figurábase la hora en que Juana saldría del convento, en que podría irla á ver. Aquellos eran los grandes recreos de su mente, momentos deliciosos y consoladores. Lo demás del tiempo funcionaba como verdadera máquina. Para liberar su imaginación, había reducido su cuerpo á que efectuara puntualmente su tarea de empleado.

El autor del diccionario pronto comprendió el partido que podría alcanzar de aquel muchacho que trabajaba como un negro, sin quejarse jamás, y que, antes al contrario, le dirigía beatíficas sonrisas. Tiempo hacía que procuraba arbitrar el modo y manera de ganarse sus veinte mil francos sin apor-

tar siquiera por la oficina. Estaba ya hasta la coronilla de vigilar á sus prisioneros, de modo que Daniel fué para él un inapreciable hallazgo. Pochito á poco le fué encargando de la dirección de toda la tarea, de la distribución del trabajo, de la revisión de manuscritos é investigaciones particulares. Y, mediante doscientos francos al mes, resolvió el difícil problema de no tocar nunca una pluma y de ser el autor de una obra monumental.

Daniel se dejó aplastar alegremente por el trabajo. Los compañeros, que no tenían ya detrás de ellos al tremendo autor, compilaban lo menos posible, y sucedió que Daniel tuvo que cargar con parte de la tarea que les correspondía.

De este modo adquirió vastos conocimientos; su potente imaginación retuvo y clasificó todas las diversas ciencias que se vió en el caso de remover; y aquella enciclopedia que construía casi por sí solo, quedaba grabada en su cerebro. Aquellos ocho años de incesantes investigaciones, hicieron de él uno de los jóvenes más eruditos de Francia. Del empleado modelo y exacto, resultó el sabio de indiscutible mérito.

Encariñóse sobre todo con el estudio de las verdades matemáticas y naturales. Habíase reservado para sí la parte científica; y, por la noche, cuando se retiraba á su casa, trabajaba todavía, proponiéndose con pasión el formular la filosofía de las ciencias. En la casta soledad en que vivía, no ocupando su corazón sino una niña de seis años, dedi-

cóse con predilección al análisis y se puso á estudiar las vehemencias de su alma ardiente.

Muchas fueron las ocasiones en que Jorge Raymond trató de que dejase el ingrato empleo en que consumía lo mejor de su sér. Deseaba llevárselo consigo para escribir en colaboración una obra importante. Pero Daniel no ansiaba la libertad, hallábase bien avenido con su servidumbre, que le ofrecía lo que deseaba, esto es, una labor encarnizada, sin trégua ni reposo.

Jorge no era ya el pobre sin consideración, que leía modestamente sentado en un banco del Luxemburgo. Había trabajado con tal ahinco, que había conseguido por último conquistarse una posición. Empezaba á ser conocido en el mundo científico por sus notabilísimos trabajos sobre ciertos puntos de historia natural.

Daniel se decidió por último á dejar su oficina y á aceptar la proposición de Jorge. El diccionario enciclopédico se encontraba casi, casi terminado: faltábale, para ser publicado en totalidad, algunas entregas, cuyos materiales se hallaban preparados.

Los dos jóvenes no se volvieron á separar. Por lo demás, desde que se hubieron encontrado, no habían dejado nunca de vivir en estrecha intimidad. Unieron sus inteligencias y escribieron muchas memorias sobre sus investigaciones, que produjeron gran resonancia. Daniel se avino á que partiesen los beneficios, mas no consintió jamás á que figurase su nombre. Toda esta época de su vida la considera-

ba como tiempo perdido, reservándose para su verdadera obra, que no era otra cosa que la felicidad de Juana. Crecía en ciencia y en mérito, sin pretenderlo, y sí tan sólo para no permanecer inactivo.

Jorge, conocido, casi célebre, habíase ido á habitar todo un cuarto, calle de Soufflot. Daniel no había querido dejar la vieja casa del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer. Encontrábase allí á sus anchas, en aquel rincón ignorado, sin que á su oído llegasen los ruidos de la ciudad. Se le ensanchaba el corazón en cuanto subía los resquebrajados escalones de la amplia escalera. Su habitación, estrecha y elevada, revestía un aspecto de tumba que le agradaba; allí se encerraba y se olvidaba de todo; habría querido no tener que salir de allí, sino para correr junto á Juana; gustábanle el cielo y los árboles que se distinguían desde la ventana, porque muy á menudo se había fijado en ellos, en sus horas de ensueños, haciendo memoria de su querida niñita.

Durante doce años vivió en aquella habitación silenciosa. Tan llena se hallaba para él de su querido y único pensamiento, que la sola idea de dejarlo le producía una gran tristeza. Parecíale que en cualquiera otra parte no habría podido ver á Juana delante de él, en cada objeto.

A veces Jorge acompañaba por la noche á Daniel hasta su domicilio. Mantenían largas y agradables conversaciones acerca de los primeros años de su amistad, cuando ambos habitaban la casa.

Vivían allí casi solos, viendo tan sólo algunos compañeros. En aquella soledad fué en donde su simpatía acabó por trocarse en estimación y en razonado cariño. Habían aprendido á amarse, por lo que el entendimiento habíase convertido en cómplice del corazón.

Daniel experimentó por Jorge un sentimiento puramente fraternal. Tenía su confianza en aquel carácter tan leal, cuya firmeza y dulzura le eran bien conocidas. Jorge constituía su tercer afecto en la vida y preguntábase á veces qué habría sido de él á no haberle encontrado.

Al hacerse esta pregunta, no pensaba ni por sofación en la ayuda material que su amigo le había prestado. El que sentía en su alma la eterna necesidad de amar y de ser amado, daba sencillamente gracias á la suerte por haberle deparado aquella firme amistad que le ayudaba á conllevar la vida.

Jorge, cuyo temperamento era más frío carecía de las expansiones de Daniel. Tratábale un sí es no es como niño, queriéndole como hermano mayor. No tardó en percatarse de las profundas ternuras de aquel corazón, sabía qué alma henchida de abnegación se ocultaba en aquel cuerpo ingrato y había llegado hasta el punto de no fijarse en el semblante de Daniel. Cuando alguien hacía burla de su amigo, no le cabía en la cabeza que todo el mundo no amase aquella inteligencia delicada y superior.

Dióse cuenta de que Daniel ocultaba un secre-

to en lo más profundo de su sér. Nunca le hizo preguntas y no quiso obligarle jamás á que hiciese confidencias. Sabía que era huérfano, que una santa mujer lo había recogido y educado, y que aquella mujer había muerto. Aquello le bastaba. Su amigo,—se decía,—no podía ocultar sino un buen pensamiento.

Durante doce años, Daniel estuvo yendo todos los meses á la calle de Amsterdam. No entraba siempre y se limitaba á rondar por delante de la casa; á veces se aventuraba tan sólo á pedir noticias de Juana.

Aquellos días se levantaba muy temprano. Andaba el camino á pie, una legua larga. Caminaba deprisa, sintiéndose feliz en las calles, solo en medio de la multitud, sin tener siquiera á Jorge á su lado; y allá en su interior abrigaba la secreta esperanza de volver á ver á su niña.

Llegaba, y durante largo tiempo se paseaba por la acera, yendo y viniendo, mirando desde lejos la puerta. Luego se acercaba y acechaba la salida de algún doméstico: si no veía á nadie á quien poder interrogar, á veces volvíase triste y desanimado, á veces se determinaba á entrar en el cuarto del portero, quien le recibía bruscamente y con miradas de desconfianza.

Mas ¡qué gozo cuando podía parar á alguna persona del hotel é interrogarla á su sabor! Habíase vuelto muy astuto, inventaba cuentos y traía á colación con toda naturalidad el nombre de la se-

ñorita Juana de Rionne, esperando ansiosamente lo que se le iba á contestar. Cuando se le decía: «Está muy buena, muy crecida y muy hermosa», tentado se sentía de dar gracias á la gente, como si se le hubiese dado la enhorabuena por las gracias de su propia hija.

Y con el corazón rebosando alegría, volvíase á su morada, como hombre ébrio, codeándose con los transeuntes y conteniéndose para no cantar. Subía los arrabales, forjándose mil castillos en el aire; correteaba por las inmediaciones, corriendo y riendo en cualquier figón, llenándose de barro ó de polvo y no volviendo hasta la noche al callejón sin salida de Saint-Dominique-d'Enfer, muerto de cansancio y de alegría.

Jorge estaba acostumbrado á aquellas calaveradas. Las primeras veces, cuando su amigo se hallaba de regreso, la bromeaba y hasta casi le reñía. Y como el correntón guardase un hosco silencio, contentábase con sonreír á cada salida, diciéndose para sus adentros:

—Vamos, Daniel ha ido á ver á su querida.

Un día, como el joven volviese jadeante y con el rostro radiante de alegría, cogióle las manos y se aventuró á decirle:

—¿Es bonita, por lo menos?

Daniel, sin contestar, le miró con semblante tan de sorpresa y tan lacerado, que creyó para sí haber cometido alguna necedad; y precisamente desde aquel día respetó religiosamente el secreto de su

amigo. Sin saber por qué, cuando le veía volver, tras de un día de ausencia, le quería más y más.

Y así vivieron juntos, sin admitir á nadie en su compañía. En los comienzos recibían de vez en cuando á un vecino, un joven llamado Lorin, que iba á caza de la fortuna. Aceptáronle, por no poder echarle á la calle; pero su rostro bilioso y sus centelleantes ojos, que no se fijaban nunca, les disgustaban sobremanera y les inquietaba.

Aquel Lorin era un intrigante en ciernes, que acechaba la ocasión, muy dispuesto á violentar la suerte. Decía con frecuencia que la línea recta, en la vida, es el camino más largo. Nada le parecía tan de necios como el seguir una carrera, la medicina ó la abogacía, por ejemplo; esos médicos y esos abogados, ganan sueldo á sueldo, un mezquino bienestar. El, por su parte, quería ir más deprisa, huroneaba, esperaba, jurando que de golpe y porrazo ganaría una fortuna.

Y la ganó, tal como lo había dicho. Habló de ganancias realizadas en el juego, de negocios de Bolsa. Nunca se supo con claridad á qué atenerse tocante á él. Luego se lanzó á los negocios, colocó su dinero en la industria, y, en el transcurso de unos años, ayudado por la casualidad, se hizo poderosamente rico.

Daniel y Jorge, que habían sabido con respecto á él, cosas delicadas, se consideraron muy felices con no volverle á ver. Ahora habitaba en la calle

de Taitbout y detestaba el recuerdo del callejón de Saint-Dominique-d'Enfer.

Fué sin embargo una noche á hacerles una visita para exhibir su lujo y su buen ver. Satisfecha su ambición, se había vuelto buen muchacho. La riqueza había dado seguridad á sus miradas y la bilis había desaparecido de su rostro.

Los dos amigos le recibieron con gran frialdad, y no volvió á parecer.

Daniel y Jorge se bastaban á sí mismos. Se amaron y se unieron hasta en su inteligencia. Nunca se le ocurrió á ninguno de ellos que podría llegar un día en que se separaran.

VII

Una mañana, Daniel fué á la calle de Amsterdam, y, cuando volvió á la noche, dijo á Jorge que partiría al día siguiente, para siempre, tal vez.

Había sabido durante el día que Juana había salido en definitiva del convento y que habitaba en casa de su tía. Aquella noticia casi le había vuelto el juicio. No concibió más que una idea; la de entrar y fijarse en aquella casa, en donde se hallaba el objeto de su cariño.

Indagó, inventó y se puso á hacer toda clase de diligencias. Concluyó por averiguar que el señor Tellier, que acababa por último de entrar en el Cuerpo legislativo, deseaba encontrar un secretario, y su plan fué en seguida trazado. Corrió á proveerse de recomendaciones y envió á hablar en su favor al autor del Diccionario, quien le había quedado agradecido.

Debía de presentarse al día siguiente, y estaba seguro de que sería aceptado.